

Decíamos que **AMAR A DIOS CON TODO EL CORAZÓN ES VIVIR SOLO PARA SU GLORIA. Y que eso requería:**

1. **Total pureza de intención y de corazón. Agradarle en todo (saber mirarle)**
2. **El don de la confianza y del abandono en Él (Indiferencia ignaciana)**
3. **Total olvido de sí: Guerra al amor propio**

Nos centramos en este tema en el segundo punto, en el que seguiremos la doctrina del P. Morales. La **INDIFERENCIA ignaciana es, sencillamente, la expresión del AMOR de ENAMORADO, y se confunde con el abandono que es “el fruto más delicioso del amor”** (Santa Teresa del Niño Jesús, Poesía 42)

La misma Santa escribe: *“¡Si supierais hasta qué punto quiero ser indiferente a las cosas de la tierra! ¡Qué me importan todas las bellezas creadas! ¡Desgraciada de mí si las poseyere...! ¡Oh, qué grande me parece mi corazón cuando lo considero con relación a los bienes de este mundo, puesto que todos ellos reunidos no podrían contentarle!”.*

“Mi camino es el de la confianza y el amor... Este camino es el abandono del niño, que se duerme sin miedo en los brazos de su padre” (MB1).

Este abandono es el que te hace confiar tranquilo como aquel niño que, en medio de una gran tempestad en alta mar, jugaba tranquilo y, cuando le preguntaron: - *¿No tienes miedo?*

- *No, respondió, porque mi padre es el capitán.*

Abandono y la confianza amorosa y sin límites en nuestro Padre Dios son las dos alas para llegar hasta Él sin peligro, son como los dos brazos del niño pequeño que abraza a su Padre con amor y sin temor. Y es a lo que San Ignacio de Loyola en el Principio y Fundamento de sus Ejercicios, llama **santa indiferencia**, que Santa Maravillas de Jesús admirablemente sintetiza en el que fue como el lema de su vida: *“Lo que tú quieras, como tú quieras, cuando tú quieras”.*

No es, por tanto, como quizá alguno podría pensar, apatía, ni displicencia, ni insensibilidad. Más bien requiere una gran energía, pues el alma debe triunfar en la lucha contra las pasiones, para no dejarse llevar de gustos o disgustos. Requiere la firmeza de la roca en medio del mar, inamovible en medio del oleaje. Ancla en sólo Dios, a lo Santa Teresa aquel 24 de agosto de 1562 en que fundaba San José, el primer convento de la Reforma: *«¡Válgame Dios, y qué vida ésta tan miserable! No hay contento seguro ni cosa sin mudanza. Había tan poquito que no me parece trocara mi contento con ninguno de la tierra, y la misma causa de él me atormentaba ahora de tal forma que no sabía qué hacer de mí»* (Libro de la vida, cap. 36).

El fruto de la indiferencia es la paz

Esta indiferencia de cosas y acontecimientos regala una vida feliz, porque *la auténtica alegría es hija de la paz, y ésta, consecuencia de la indiferencia.*

Su primer regalo es la paz en el alma. Nuestras inquietudes proceden siempre de no estar indiferentes, conformes con lo que tenemos (salud, cualidades, estados de ánimo, fracasos, éxitos), o de tener miedo a perderlo. Con la virtud regia de la indiferencia, se cortan de raíz todas las inquietudes y la paz se enseñoorea del alma.

Y es que, en realidad, sabemos muy poco lo que de verdad nos conviene. Tenemos visión recortada, nos falta perspectiva para valorar justamente el valor de las cosas. A veces nos quejamos del carácter que tenemos, o de los pocos talentos o cualidades, de la mala suerte,... Pero ¿podemos estar seguros de nuestras valoraciones? ¿Qué piensan los santos?

“¿Quién sabe si con más talento, con una salud más robusta, con un exterior más agradable, no llegaríamos a perdernos? ¿Cuántos hay, para quienes la ciencia y los talentos, la fuerza o la hermosura, han sido ocasión de eterna ruina, inspirándoles sentimientos de vanidad y de desprecio de los demás, y hasta conduciéndolos a precipitarse en mil infamias? ¿Cuántos, por el contrario, deben su salvación a la pobreza, enfermedad o a la falta de hermosura, los cuales, si hubieran sido ricos, vigorosos o bien formados, se hubieran condenado? No es necesario tener hermoso rostro, ni buena salud, ni mucho talento; sólo una cosa es necesaria: salvar el alma” (San Alfonso María de Ligorio).

Y en este mismo sentido habla muy claro San Francisco de Sales: *“Vos sabéis cuánto ansío crecer en virtud y amaros cada vez más? ¿Qué me conviene para conseguirlo? ¿La salud o la enfermedad, las consolaciones o la aridez, la paz o la guerra, los empleos o la total carencia de ellos? Yo no lo sé, pero Vos lo sabéis perfectamente. Ya que permitís que exponga mis deseos, yo prefiero confiarme a Vos, que sois la misma Sabiduría y Bondad; haced de mí lo que os plazca. Otorgadme tan sólo la gracia de someterme con entera voluntad a cuanto decidieris”* (San Francisco de Sales)

Por eso, dejemos a Dios que actúe con nosotros como quiera ¡CONFIEMOS EN ÉL! Muchas veces tras una desgracia, una cruz,

una prueba que el Señor permite... y que no esperábamos, se encierra una gracia, un bien superior que el Señor nos quiere regalar.

Santa Teresa de Jesús en esto también es maestra. Cuando emprende la reforma carmelitana, no tardaron en llegarle las persecuciones. Pero ella no pierde la paz porque, anclada en Dios, vive indiferente. Obligada a recluírse en un convento, elige Toledo. Allí, en cinco meses, mientras el Padre Tostado, Comisario del General, recorría sus fundaciones para deshacerlas, y los Calzados empiezan a dirigir memoriales al Rey con calumnias contra la virginidad de la fundadora, ella redacta las Moradas: *«Mi ánima en un castillo, como en su señorío, y así no pierde la paz».*

Lo mismo San Juan de la Cruz: Cuando, en 1591, meses antes de su muerte, sus hermanos en religión le privan de todos sus cargos, y tratan de expulsarlo de la Orden y enviarlo a América, el Santo escribe: *«De lo que a mí toca, no le dé pena, que ninguna a mí me da, porque estas cosas no las hacen los hombres, sino Dios, que sabe lo que nos conviene, y las ordena para nuestro bien. Y adonde no hay amor, ponga amor y sacará amor»* (carta 6.7.1591).

De la paz nace la alegría

Y la paz engendra la alegría, que con la sencillez son distintivo de una vida feliz. *«Que se alegren los que se acogen a ti»* (Sal 5,12). *«Servid al Señor con alegría»* (Sal 100) es la consigna. Muchas personas tienen su frase predilecta. La de Jesús es: paz. Habló mucho de alegría. *«Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud»* (Jn 15,11) El Evangelio es «buena noticia». Toda buena noticia inunda de alegría. Por eso debemos hacer todo lo posible por estar alegres, sabiendo, con aquel anciano al que felicitaban al

cumplir ochenta años, que «el secreto de una vida larga y feliz es sonreír siempre un poco más que antes». Vive la enseñanza de San Pablo: «*El reino de Dios no es comida y bebida, sino justicia, paz y alegría en el Espíritu Santo*» (Rom 14,17). Está siempre alegre (cf. 1Tes 5,16). Su mensaje a los demás: «*Alegraos siempre en el Señor; os lo repito, alegraos*» (Flp 4,4).

Consejos de San Juan de la Cruz: Visión de fe y esfuerzo

Esta indiferencia exige visión de fe y esfuerzo. Es necesario acostumbrarnos a ver a Dios en todos los acontecimientos que nos suceden y en todas las personas que nos rodean, sin dejarnos impresionar por los sucesos prósperos o adversos y dándoles a todos trascendencia de eternidad, persuadidos de que «*todas las cosas sobre la haz de la tierra son creadas para el hombre y para que le ayuden a la consecución de su último fin*» (San Ignacio).

La conquista de la indiferencia es producto del esfuerzo continuo. Una larga paciencia, a pesar de todas las contradicciones, logra conseguirla. Habitarse a encontrar a Dios en el fracaso.

Los consejos de San Juan de la Cruz son muy sabios y nos dan gran luz:

1º. Procura conservar tu corazón en paz. No te desasosiegue ningún suceso de este mundo. Mira que todo se ha de acabar.

2º. No te entristezcas de repente por los casos adversos del siglo, pues no sabes el bien que traen consigo, ordenado en los juicios de Dios para el gozo sempiterno de los escogidos.

3º. En todos los casos, por adversos que sean, **antes nos habemos de alegrar que turbar** para no perder el mayor bien que es la paz y tranquilidad del alma.

4º. Aunque se hunda y todo suceda al revés, **vano es turbarse, pues por esa turbación antes se daña más que se aprovecha.**

5º. Llevarlo todo con **igualdad pacífica**, no sólo aprovecha al alma para muchos bienes, sino para que **en las mismas adversidades se acierte** mejor a juzgar de ellas y ponerlas remedio conveniente.

6º. No es voluntad de Dios que el alma se turbe de nada, ni padezca trabajos. Si los padece en los adversos casos del mundo, es por flaqueza de su virtud, porque **el alma del perfecto se goza en lo que se pena la imperfecta** (Cautelas).

El Santo vivía estas consignas. En cuarenta y nueve años de vida, sus pies descalzos no pisaron más que espinas. Pero hicieron florecer a su paso un sendero de rosas. Sus labios, que gustaron tantas hieles, no exhalaban más que poesía. Desde el cielo sigue animándonos a «*imitar su amor a la Cruz en perfecta abnegación, hasta alcanzar la gloria eterna*» (oración de su misa).

Espiritualidad del "Senderito"

La indiferencia canta: «*¡Oh senderito de mi vida! ¡Qué dulce te haces para mí, que voy a Dios yendo por ti! No quiero saber, no quiero entender, no quiero ver ni sentir. Sólo sé una verdad, y esa me hace feliz: Dios es amor, Dios es poder, suma bondad, sumo entender. Y en ese amor y esa ternura, y esa grandeza de mi Dios, descanso yo*».

Y también: *Dios es mi padre, qué feliz soy... Si Dios cuida de mí, ...*

Otros ejemplos de indiferencia en los santos

Santa Rosa Filipina Duchesne es una heroína de la indiferencia. Después de mucho insistir, consigue que Santa María Magdalena Sofía de Barat la destine a América del Norte. Allí enterrará con alegría los treinta y dos últimos años de su vida. Con cuatro compañeras desembarca en Estados Unidos. Se instala con ellas en la más rotunda pobreza en medio de la población heterogénea de Louisiana y Missouri. Lluven sufrimientos y calumnias. La santa les escribe desde Francia: «*Temo para vosotras más los peligros de la prosperidad que los*

de la persecución». Filipina, con regia indiferencia, soporta las contrariedades del clima, la aparente esterilidad de su labor. La fiebre amarilla arrebató un buen puñado de sus hijas. Remata su aventura misional con la epopeya de los potowatomies. A los setenta y dos años se interna en los confines del Missouri. Su figura misionera se agiganta con nuevos sufrimientos. Poco antes de morir escribía: «*Jamás tuve triunfos personales, pero Dios me ha dado la gracia de gozar con los éxitos de otros*». La sensación de fracaso la perseguía. Pero una extensa maternidad espiritual fue el premio en la tierra de su generosa y tenaz indiferencia. Hoy, unas dos mil quinientas religiosas americanas, en casi cien casas, son el fruto de su siembra. Pio XII la comparó en su beatificación a los grandes misioneros españoles del siglo XVI.

La mística **Lucien Christine** se sentía acongojada el día en que estalló la primera guerra mundial, en 1914. En la oración, Jesús le dice: «*Para un alma que ama, no hay más que dos cosas: Yo y ella. Todo lo demás sólo existe en cuanto conmigo se relaciona*».

La auténtica indiferencia, al jerarquizar valores, te deja a solas frente a Dios. Como **Francisco de Asís**, al bajar del monte Albornia, repite: «*No somos más que dos: Dios y yo*».

Crucificada a la sensibilidad y dominando la imaginación, se abraza con la Cruz, al recordar aquellas palabras de Jesús a **Santa Gemma**: «*Quien conoce el valor de la Cruz, la pide. Quien lo desconoce, la huye. Abrázate con ella, y ten por cierto que sólo das hartura a mi Corazón cuando te hartas de padecer. Cuanto la Cruz es más amarga para ti, tanto se parece más a la mía*».

Y **san Juan M^a Vianney** dice: «*Vale la pena abandonarse en los brazos de Dios. Pero piensa que abandonarse significa estar en una disponibilidad total a sus planes. El abandono es la manifestación más plena del amor y de la confianza. Abandono es olvidarte de ti mismo y confiar solamente en Él, es creer firmemente en su amor divino, es confiar hasta la audacia, aunque no veas el final. Es como dejarte llevar y navegar sin temor en el mar inmenso del Corazón de Dios. Porque en el Corazón de Dios no hay más que amor*».

«*Os aseguro que, si confiáis en su Providencia, si os abandonáis totalmente en sus brazos omnipotentes, nunca os faltarán los medios necesarios... y gozaréis de una alegría y una paz que la posesión de todos los bienes de la tierra no os puede dar*» (**San Josemaría Escrivá**, Amigos de Dios).

La **Madre María de la Providencia**, fundadora de las Auxiliadoras de las almas del Purgatorio, se hacía indiferente a lo que más le costaba. Hizo esta confidencia: «*Entre todas las cosas, cinco son las que yo he temido: dejar mi familia, fundar una comunidad, no tener lo necesario para sostener a mis hijas, contraer deudas y enfermar de cáncer. Pues bien, por la gracia de Dios, las cinco me han sucedido*».

En **San Pedro Luis María Chanel**, protomártir de Oceanía, esta confianza e indiferencia alcanza una sorprendente y sobrenatural fecundidad. Muere a los treinta y ocho años martirizado en una isla del Pacífico. Se lanzan sobre él, cae bañado en sangre, repitiendo: «*Es un bien para mí. Es un bien para mí*». Desde entonces, Fortuna, aquella isla, se transforma. Sus habitantes, de caníbales se hacen acogedores. Se convierten a Dios. La fecundidad ha sido una vez más y como tantas veces en la vida de los santos, recompensa de la indiferencia.

Confianza en María

Confiemos mucho en Ella. Es Reina y Madre de la indiferencia, en los esplendores de su gloria, vela por nosotros. Confía en su valiosa intercesión. «*Tú eres camino que al cielo guía. Tú eres estrella que da luz. El que te sigue no se desvía. El que te ama llegará a Jesús*». Siendo Ella capitana, podemos nosotros vivir cara al cielo, serenos, indiferentes, transparente nuestra frente como el cristal y el hielo. «*Atravesará por los bienes temporales de la tierra sin perder los eternos de la gloria*» (Domingo 3 Pentecostés). «*En medio los vaivenes de este mundo, tendrá fijo su corazón donde están los verdaderos gozos*» (4 Domingo de Pascua).

ESCUELA DE SANTIDAD (Práctica cristiana)

TEMA 5 (Petición): La gracia de vivir abandonado en la Providencia de Dios

1. Ejercicio de ORACIÓN para la semana

El bien supremo es la oración, la conversación familiar con Dios. Esta es la relación que tenemos con Dios y la unión con él. Igual que los ojos del cuerpo quedan iluminados al ver la luz, así el alma que tiende hacia Dios queda iluminada por su inefable luz. La oración no es efecto de una actitud exterior, sino que viene del corazón. No queda reducida a unas horas o a momentos determinados, sino que es una actividad continua, tanto de día como de noche. No nos contentemos orientando nuestro pensamiento a Dios durante el tiempo dedicado exclusivamente a la oración, sino que, cuando otras ocupaciones nos absorban –como el cuidado de los pobres o cualquier otra ocupación dirigida a una obra buena y útil–, es importante mantener al mismo tiempo el deseo y el recuerdo de Dios, a fin de ofrecer al Señor del universo un alimento muy suave, sazonado con la sal del amor de Dios. Podemos sacar de ahí una gran ventaja para toda la vida si consagramos a ella buena parte de nuestro tiempo.

La oración es la luz del alma, el verdadero conocimiento de Dios, la mediación entre Dios y los hombres. A través de ella, el alma se eleva hacia el cielo y abraza al Señor con un abrazo inexpresable. **Como hace un niño de pecho con su madre, el alma llama a Dios llorando, hambrienta de la leche divina** (San Juan Crisóstomo)

Si él cuida de las aves...
Cuidará también de mí



Texto 1. La Providencia de Dios (Mt 6, 26-33)

Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? ¿Y quién de vosotros podrá, por mucho que se afane, añadir a su estatura un codo? Y por el vestido, ¿por qué os afanáis? Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan; pero os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos. Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe? No os afanáis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos? Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.

Dios es mi Padre, ¡qué feliz soy! soy hijo suyo, hijo de Dios.

1. Si Dios cuida de mí, ¿qué me puede faltar? ni un solo instante, no, me deja de mirar. Mi vida suya es, cual diestro tejedor, la va tejiendo Él con infinito amor. Hilo por hilo tejiendo va, si tú le dejas, qué bien lo hará.
2. No ves con qué primor Él sabe engalanar al lirio que tal vez mañana morirá. Pues si a una humilde flor cuida tu Dios así, con qué infinito amor no cuidará de ti.
3. Después del huracán un pájaro cayó, no creas que eso fue sin permitirlo Dios. Si el pajarillo aquel se vende por un as, no tienes que temer; tú vales mucho más.
4. En el cielo se ven mil estrellas brillar, Dios las conoce bien, Dios las puede contar. Si Él mismo fue a buscar la oveja que perdió, jamás me ha de olvidar aunque le olvide yo

¿Qué es la **CONFIANZA EN DIOS**?

¿Qué significa confiar en Dios? Tener confianza en Dios significa abandonarse con toda la fuerza de la voluntad sostenida por la gracia y por el amor, no obstante, todas las dudas sugeridas por contrarias apariencias, en la omnipotencia, en la sabiduría y en el amor infinito de Dios. Es creer que en este mundo nada escapa a su providencia, ni en el orden universal ni en el particular; que nada sucede, ni ordinaria ni

extraordinariamente, que no esté previsto, querido o permitido, siempre dirigido por ella a sus altos fines, que en este mundo son siempre fines de amor a los hombres. Es creer que a veces puede Dios permitir que, en esta tierra y durante algún tiempo, triunfen el ateísmo y la impiedad, lamentables oscurecimientos del sentido de la justicia, infracciones del derecho, torturas de los hombres inocentes, pacíficos, indefensos y sin apoyo. Es creer que así es como en un momento dado Dios deja caer sobre los individuos y sobre los pueblos pruebas cuyo instrumento es la malicia de los hombres, por un designio de su justicia enderezado a castigar los pecados, a purificar las personas y los pueblos con las expiaciones de la vida presente, para hacerlos volver a Sí por tal camino; pero es creer al mismo tiempo que esta justicia continúa siempre, aun en la tierra, siendo una justicia de Padre, inspirada y dominada por el amor. Por áspera que pueda parecer la mano del divino Cirujano, cuando con el hierro penetra en las carnes vivas, un activo amor es siempre su guía e impulso, y sólo el verdadero bien de los individuos y de los pueblos le hace intervenir tan dolorosamente. Es creer, finalmente, que así la dura agudeza de la prueba como el triunfo del mal no durarán, ni siquiera acá abajo, sino un breve tiempo, y no más; pues luego vendrá la hora de Dios, la hora de la misericordia, la hora de la santa alegría, la hora del cántico nuevo de la liberación, de la alegría y del gozo (Sal 96); la hora en que, después de haber dejado al huracán extenderse por breve tiempo sobre la pobre humanidad, la omnipotente mano del Padre celestial con además imperceptible lo detendrá y lo disipará, y, por caminos insospechados para las mentes y las esperanzas humanas, serán restituidas a las naciones la justicia, la calma y la paz. (Pío XII, Radiomensaje del 29.VI.1941)

Texto 2. Señor, haz conmigo lo que desees

"Jesús, escucha mi oración: si esto Te complace, si mi dolor y mi sufrimiento, mi oscuridad y mi separación Te dan una gota de consuelo, Jesús mío, haz conmigo lo que Tú desees, el tiempo que Tú desees, sin una sola mirada a mis sentimientos y dolor. Te pertenezco. Imprime en mi alma y en mi vida los sufrimientos de Tu Corazón. No Te preocupes por mis sentimientos. No Te preocupes ni siquiera, por mi dolor.

Si mi separación de Ti lleva a otros a Ti y en su amor y su compañía encuentras alegría y placer, entonces Jesús, estoy dispuesta con todo mi corazón a sufrir lo que sufro, no sólo ahora, sino por toda la eternidad, si esto fuera posible. Tu felicidad es lo único que quiero. Por lo demás, por favor no Te molestes, incluso si me ves desmayar de dolor. Es mi voluntad saciar Tu Sed con cada gota de sangre que Tú puedas encontrar en mí. No me permitas que Te haga daño de ninguna manera, quítame el poder de herirte. Te suplico sólo una cosa: por favor, no Te preocupes de volver pronto. Estoy dispuesta a esperarte toda la eternidad. Tu pequeña" (Santa Teresa de Calcuta. Ven se mi luz, 239)

Texto 3. Testamento de gratitud de Santa Bernardita

«Por la pobreza en la que vivieron papá y mamá, por los fracasos que tuvimos, porque se arruinó el molino, por haber tenido que cuidar niños, vigilar huertos frutales y ovejas. Y por mi constante cansancio..., te doy gracias, Jesús.

Te doy las gracias, Dios mío, por el fiscal y por el comisario, por los gendarmes y por las duras palabras del padre Peyramale...

No sabré cómo agradecerle, si no es en el paraíso por los días en que viniste, María, y también por aquellos en los que no viniste. Por la bofetada recibida, y por las burlas y ofensas sufridas, por aquellos que me tenían por loca, y por aquellos que veían en mí a una impostora; por alguien que trataba de hacer un negocio..., te doy las gracias, Madre.

Por la ortografía que jamás aprendí, por la mala memoria que siempre tuve, por mi ignorancia y por mi estupidez, te doy las gracias.

Te doy las gracias porque si hubiese existido en la tierra un niño más ignorante y estúpido tú lo hubieses elegido... Porque mi madre haya muerto lejos. Por el dolor que sentí cuando mi padre, en vez de abrazar a su pequeña Bernardita, me llamó «hermana María Bernarda»..., te doy las gracias.

Te doy las gracias por el corazón que me has dado, tan delicado y sensible, y que colmaste de amargura...

Porque la madre Josefa anunciase que no sirvo para nada, te doy las gracias. Por el sarcasmo de la madre maestra, por su dura voz, por sus injusticias, por su ironía y por el pan de la humillación..., te doy las gracias. Gracias por haber sido como soy, porque la madre Teresa pudiese decir de mí: «Jamás le cedáis lo suficiente»...

Doy las gracias por haber sido una privilegiada en la indicación de mis defectos, y que otras hermanas pudieran decir: «Qué suerte que no soy Bernardita»...

Agradezco haber sido la Bernardita a la que amenazaron con llevarla a la cárcel porque te vi a ti, Madre... Agradezco que fui una Bernardita tan pobre y tan miserable que, cuando me veían, la gente decía: «¿Esa cosa es ella?», la Bernardita que la gente miraba como si fuese el animal más exótico...

Por el cuerpo que me diste, digno de compasión y putrefacto..., por mi enfermedad que arde como el fuego y quema como el humo, por mis huesos podridos, por mis sudores y fiebre, por los dolores agudos y sordos que siento..., te doy las gracias, Dios mío.

Y por el alma que me diste, por el desierto de mi sequedad interior, por tus noches y por tus relámpagos, por tus rayos..., por todo. Por ti mismo, cuando estuviste presente y cuando faltaste..., te doy las gracias, Jesús»

Texto 4. "Espiritualidad" del ¿QUÉ MÁS DA? Hermano Rafael

"No veas lo que te rodea, no mires tu sufrimiento..., es pequeño, es ruin, no vale nada... No mires tampoco tus consuelos y alegrías; también son pequeños y nada valen... Tu alma es obra de Dios..., pero más es Dios..."

No te detengas, hermanilla, sigue adelante sin miedo, a pesar de las lágrimas, de los apuros, de tus miserias, de tus consuelos... Sigue adelante, Dios y nada más".

"¿Qué más da ser trapense que ser militar, ser pobre o rico, alto o bajo, hombre o mujer? El amor a Dios debe ser único, y no valdrá decir allá un día, delante de Jesús..., yo, Señor, te he querido, pero como he tenido que ir todos los días al cuartel, pues claro, el militar no puede ocuparse en otra cosa..., y el labrador, ocupado con sus yuntas, tampoco tiene tiempo, y el intelectual no puede interesarse en «ñoñeces de fraile», y así sucesivamente todo el mundo..."

"Ya nada me importa..., sólo me hace sufrir la espera..., el temor de perderte..., el tener que vivir. Ya no me importa vivir encerrado entre muros, sin ver las puestas del sol, sin tomar las brisas del mar, sin correr por el mundo en alas de la libertad. Todo eso es pequeño, no es nada, prefiero a Jesús en la soledad.

Ya no me importan las criaturas, ni me hacen daño las flaquezas de los hombres... Son hombres, y nada más; sólo en Dios hallo refugio; sólo en Él he de buscar caridad.

Ya no me importa mi vida, ni mi salud, ni la enfermedad... Sólo encuentro consuelo en hacer su voluntad..., y eso me llena de tal alegría que, a veces, tengo el corazón tan lleno, que parece va a estallar...

Qué bueno es Dios, qué grande es su misericordia..., qué maravilloso es el amor que Jesús me tiene... ¿Hasta dónde va a llegar?"

"¿Qué más da el lugar? ¿Qué más da ser el primero o el último, si el puesto que tenemos en la tierra es el que ha elegido el Señor para nosotros? Ocupémoslo bien. Amemos nuestro lugar en la tierra, pues es voluntad de Dios. No nos importe que sea alto o bajo, que sea con salud o sin ella, que sea la tierra o el mar... Es un sitio de paso, no tiene importancia en la eternidad, que es f muestra patria verdadera..., la eternidad con Dios».

[...] No te preocupes por mí, ni si soy feliz o desgraciado... Estoy con Dios y eso me basta. El me tratará como mejor me convenga... ¿Yo qué sé? Cuando nos toca gozar, gocemos con alegría, y cuando padecer, pues también. El Señor lo mismo está en el Tabor que en el Calvario, aunque en el Calvario es donde se le encuentra más fácilmente, ¿no te parece?

[...] Hasta que no tengamos un perfecto abandono en manos de Dios, no habremos hecho nada. Pero mira, que sea un abandono alegre, que sea confiado de veras, que el Señor vea en nosotros almas completamente indiferentes a todas las penas y alegrías... Pero que esa indiferencia no caiga en apatía o en otra cosa peor, ¿me entiendes? Que sea un abandono por amor a Jesús, que el amor sea el que nos rija y no el egoísmo de un camino fácil." (Carta a su tía María, 23.2.1936)

2. Ejercicio de CARIDAD para esta semana

La oración de recogimiento y de quietud lleva a la intimidad con Dios, y te facilita la caridad con los demás: comprensión, paciencia, control de tus palabras, miradas y reacciones... Intenta ser comprensivo y suave en tu trato. San Francisco de Sales nos da ejemplo de humildad y de dulzura en el trato con los demás, a pesar de que tenía un carácter colérico y fuerte. Tuvo siempre un fuerte combate, pero la gracia triunfó en él. Es ejemplo de mansedumbre en el trato con las almas.

Preocúpate mucho por los demás (sobre todo los cercanos), reza por ellos, ten gestos de cercanía y afecto (una carta, una invitación, algún detalle...). Preocúpate de que se acerquen más a Dios.

El amor al prójimo te debe hacer desear que todos sean felices en este mundo y bienaventurados en el otro; que todos se salven, que ninguno se pierda eternamente, que nadie ofenda a Dios y que ninguno, finalmente, se encuentre un solo momento en pecado. Esto es celo apostólico, que debemos pedir mucho al Señor. Lo han tenido en alto grado los santos. San Antonio M^a Claret nos hace el retrato de lo que espera de sus hijos. Nos sirve muy bien a nosotros:

Yo me digo a mí mismo: Un hijo del Inmaculado Corazón de María es un hombre que arde en caridad y que abrasa por donde pasa; que desea eficazmente y procura, por todos los medios, encender a todo el mundo en el fuego del divino amor. Nada le arredra, se goza en las privaciones, aborda los trabajos, abraza los sacrificios, se complace en las calumnias y se alegra en los tormentos. No piensa sino cómo seguirá e imitará a Jesucristo en trabajar, sufrir y en procurar siempre y únicamente la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas.

3. Ejercicio de ABNEGACIÓN para esta semana

Insistimos en la ascesis del SILENCIO, en el "recoger el alma en sí":

"Para que Yo hable en tu casa, es menester que estés en ella" (Bossis 63). ¿Le dedico tiempo? ¿Hago silencio? ¿Ha querido Jesús decirme algo y no ha podido? Cuidar mucho el silencio interior es fundamental.

Este "recoger el alma en sí" es lo primero que Dios hace en un alma cuando quiere comenzar a desbastarla. Este es el manantial de donde, con el tiempo, nacerá el agua límpida de la unión de amor con Él. Porque la unión interior crece en el interior. A base de actos interiores. Muchas almas no advierten sus imperfecciones precisamente por vivir derramadas fuera de sí mismas.

Santa Faustina dice "Mi alma es muy sensible al susurro de la gracia". Y también: "Aunque por fuera estoy ocupada en distintos deberes, la presencia de Jesús me sumerge en un continuo recogimiento"

Santa Teresita decía "Un alma sin silencio es como una ciudad sin defensa. Quien guarda el silencio guarda el alma". "Era un ángel que exhalaba una atmósfera de calma, de silencio, de dulzura y de pureza que me hacía contemplarla con un verdadero respeto".

Para este "dominio" debes también ser mortificado en las comidas. Ofrece esta semana, por ejemplo, algún sacrificio como estos: renunciar a algún postre o dulce; tomar un alimento que te gusta menos en vez de otro que te gusta más; dejar el pan o algún plato en alguna comida, etc.